
Memorias políticas (1959-1999)

Barcelona: Planeta, 1999

Palabras sin censura

A PESAR DE los cambios radicales que han tenido lugar durante las últimas décadas en nuestro país, de todos es sabido que si hay algo que ha escaseado en España ha sido la literatura escrita por mujeres, de lo que recientemente ha dejado constancia Laura Freixas en su ensayo *Literatura y mujeres*; y dentro de ella, de un modo especial, la autobiográfica, cosa que quien esto suscribe tiene intención, en un futuro no muy lejano, de exponer por escrito. Una carencia que viene de lejos y que no puede por menos que mencionar la poeta Olvido García Valdés en su biografía de Santa Teresa de Jesús, de próxima aparición, en estos diáfanos términos: "[...] muy pocos de los que han vivido, y muy pocos de los que entre ellos se han dedicado a escribir, han sentido la necesidad de transmitir un relato autobiográfico (otra cosa es que detrás de toda escritura palpite esa pulsión). Y de los pocos que sintieron esa necesidad, antes del siglo XIX, eran excepcionales las mujeres. La autobiografía era un género masculino por definición, por cuanto transmitía autoridad y saber; tradicionales prerrogativas del hombre". Frente a la larga lista de contribuciones masculinas al género, y circunscribiéndonos al recién cerrado siglo XX, las femeninas se nos presentan como un parco rosario de piezas aisladas, con grandes lagunas y ausencias, y un silencio casi sepulcral desde el comienzo de la guerra civil hasta el advenimiento de la democracia que sólo rompen, afortunadamente, las exiliadas, a quienes debemos agradecerles el esfuerzo de continuidad que realizaron, tal vez de un modo inconsciente; de una de ellas, Carmen de Zulueta, acaba de aparecer *La España que pudo ser (Memorias de una institucionista republicana)*. Afortunadamente, el reciente interés que viene suscitando el género impulsa también el memorialismo femenino, venga la iniciativa de las propias autoras o del previsible sector editorial, al tiempo que resulta fundamental para la recuperación de algunos textos, como sucedió no hace mucho con los recuerdos de Carmen Baroja, cuya edición corrió a cargo de Amparo Hurtado.

De modo que la aparición de este libro, *Memorias políticas (1959-1999)*, que abarca buena parte de la segunda mitad del siglo, viene a

llenar un gran hueco. Son cuarenta años fundamentales para la transformación del país contados por una mujer que los vivió desde primera línea de fuego. Escritora, abogada, militante de izquierdas y feminista radical, Lidia Falcón (Madrid, 1935) es autora de un puñado de novelas, de catorce obras teatrales y de textos de pensamiento tan valientes como *La razón feminista*. Y asimismo, en 1979 dio a la luz uno de los libros clave de la memoria femenina en España, un libro hoy inencontrable que haría bien algún avisado editor en recuperar, siempre y cuando hoy exista algún avisado editor.

Estaba encarcelada en la prisión de la Trinidad cuando comenzó a escribirlo. Lo tituló *Los hijos de los vencidos (1939-1949)* y la última edición que me consta data de 1989. Leído hoy, este volumen autobiográfico sigue provocando escalofríos. La suya es una peripecia vital que pone los pelos de punta, y lo hace aún más a sabiendas de que fue la historia de una gran mayoría; es decir, de que habla en realidad por boca de muchos. A su lado *Nada*, la novela de Carmen Laforet, que hace zozobrar aún al lector actual, es eso, nada. La penumbra en que vivía Andrea, su protagonista, parece luminosa comparada con lo que vivió Lidia Falcón, una niña que se debatía en la Barcelona de la primera posguerra entre la miseria y la rebeldía de una familia de izquierdas. Ambas vivían muy cerca, la primera en la calle Aribau y la segunda en la calle Muntaner; la diferencia es que el hambre de esta última fue real.

Ahora, un puñado de años después, el lector tiene la oportunidad de adentrarse en sus *Memorias políticas*, un libro que no tiene desperdicio. Lidia Falcón tenía 23 años cuando comenzó su participación activa en la política y 1959 es la fecha del comienzo de su colaboración con el PSUC, partido del que acabó, como muchos, abjurando. Separada, con dos hijos a su cargo, compañera sentimental del periodista Eliseo Bayo, que sufrió al poco un durísimo y largo encierro en el penal de Burgos, la juventud de la autora transcurre en una lucha infatigable y sin tregua contra el régimen franquista. En esos años obtiene, a pesar de los muchos impedimentos (por ser mujer, por ser de izquierdas, por ser la cabeza de familia...), el título de abogado, comienza sus colaboraciones en la

prensa y ofrece su ayuda incondicional a los presos políticos. Logra abrir un bufete, forma parte de una célula clandestina y es encarcelada por publicar una revista de izquierdas, *Mundo obrero*. Más tarde, llamada para participar en varios congresos clandestinos, como el de Praga, en las filas de Líster, que se opone al revisionismo propugnado por Carrillo, un gran mar de escepticismo comienza a alejarla del partido. Constata su antifeminismo, sus métodos nada democráticos y presencia lo que ella llama su "conversión a la derecha"; así pues, rompe con él irreversiblemente. A partir de entonces, más que nunca, pasa a dedicar sus esfuerzos a la defensa del ideario feminista; las reuniones y los congresos se suceden, y es entonces cuando da a la luz *Vindicación Feminista*. En la actualidad, Lidia Falcón sigue trabajando con convicción y tesón desde Cofem, la Confederación de Organizaciones Feministas del Estado Español, y parafrasea a Rosa Luxemburgo cuando dice: "Feminismo o barbarie".

Ya he dicho que el libro no tiene desperdicio, aunque quizás, de entre las muchas etapas que recorre, sea su experiencia en el PC el aspecto que más interese a muchos lectores, ansiosos por descubrir las dobleces de la política, pues al fin y al cabo de memorias políticas se trata. Y a este respecto vienen a colación dos fragmentos, en apariencia antagónicos, enormemente significativos para retratar la evolución política de la autora, que es sin duda uno de los ejes vertebradores del libro, y que curiosamente contienen asimismo referencias literarias, pues son reflexiones fruto de lecturas concretas:

Me he sentido enormemente triste y desilusionada leyendo las memorias de Doris Lessing. La sarcástica descripción de las actividades de las células del Partido Comunista en Sudáfrica, mientras ella militó en él, las burlas con que critica la ingenuidad y la falta de medios que padecían, el deseo de desmarcarse de esa actividad política que le ocupó buena parte de su juventud, para mostrarse al mundo acorde a los tiempos posteriores a la destrucción del muro de Berlín, me han parecido patéticas y vergonzantes. [86]

Fue también determinante para mi apartamiento del PSUC la lectura de los libros que escribieron varios de los dirigentes de PCE y que Carrillo prologó y

